

en tierra, y tomándola una mano se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dixé, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y así pon de par en par á sus ojos toda el alma. ¿Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto á la mia tu fortuna?... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Impaciente de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dixo, está Vmd. contento de Antonia? Estoílo tanto, le respondí, que desde este mismo punto voy á ordenar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar quanto antes nuestro matrimonio. Diciendo esto dexé al padre y á la hija para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.



CA-

CAPITULO IX.

Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los señores de Leiva para casarme, todavia juzgamos Scipion y yo que no podía menos, sin faltar á la gratitud, y á la buena crianza, de comunicarles mi intento, y pedirles su permiso para ponerle en execucion.

Partí, pues, á Valencia, donde todos quedaron sorprendidos quando me vieron, y mucho mas quando supieron el motivo de un viage tan inesperado. Don Cesar y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto mas de una vez, me dieron mil enhorabuenas, y celebraron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobre todo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan expresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel señor muchos años ha habia dexado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria menos por ver su hacienda, que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en

en mis gustos, me dixo que siempre habia oido alabar mucho y decir grandes bienes de Antonita; añadiendo no obstante un repulgo algo malicioso, como para zaherirme un poco sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de la pobre Lorenza Séfora: pero la verdad es, me dixo, que aunque no me hubieran alabado tanto la hermosura y demas prendas de Antonia siempre me hubiera fiado de tu buen gusto, porque sé lo fino y delicado que es en esta materia.

No se contentaron Don Cesar y su hijo con aprobar mi matrimonio: quisieron ademas de eso que los gastos en la celebracion de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dixeron, á tomar el camino de Liria, está tranquilo, y no pienses en nada hasta tener noticia de nosotros. No hay que dar disposiciones para festejar la boda, que ese cuidado será nuestro. Por conformarme con el gusto de aquellos señores dí luego la vuelta á mi palacio. Comunicqué á Basilio y á su hija lo que pensaban hacer aquellos nuestros protectores, y todos estuvimos esperando con paciencia la noticia que nos prometieron dar de sus personas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al cabo vímos venir un coche de seis mulas con quatro sastres dentro, que traían varias piezas de telas de seda á qual de mas fino gusto para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados tambien en mulas. Uno de éstos me entregó carta de Don Alfonso, en que me decia que al dia si-

guien-

guiente vendria á Liria con su padre y con su esposa, juntamente con el Provisor del Arzobispo que habia de hacer de Párroco en la ceremonia del matrimonio. Con efecto, al dia siguiente llegaron á Liria Don Cesar, su hijo, Serafina y el Provisor, todos quatro en un coche con seis caballos, precedido de otro con quatro, en que venian las criadas de la Gobernadora, y tras los dos coches la Guardia del Gobernador.

Luego que se apeó la Gobernadora mostró vivos deseos de ver á la novia, la qual por su parte inmediatamente que supo el arribo de aquella señora acudió á cumplimentarla y á besarla la mano, lo que executó con tanta gracia que todos los presentes quedaron admirados. Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera, ¿qué os parece de esta niña? No ha tenido buen gusto Santillana? ¿No le podia tener mejor, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que será un matrimonio muy feliz. En fin todos se esmeraron en dar elogios á mi futura; si esta les pareció bien con un vestido de sarga, quedaron encantados quando la vieron despues con una rica gala, la qual la caía tan bien, y ademas se manejaba con tanto garbo y despejo, que parecia no haber usado en su vida otras telas ni otro trage.

Llegada la hora en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte y nuestras voluntades, Don Alfonso me tomó por la mano para conducirme al altar, y Serafina

hizo á Antonia el mismo agasajo. En esta conformidad pasamos á la Iglesia ó Capilla de la Aldea, donde nos estaba esperando el Provisor para darnos la bendicion nupcial; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los labradores del Lugar, y de otros muchos del contorno que habian concurrido convidados por Basilio, los quales todos habian traido consigo á sus hijas adornadas con cintas y coronadas de flores, armada cada una con su panderillo y sonaxas, para contribuir por su parte al regocijo, haciendo mas alegre y bulliciosa la solemnidad. Concluida esta ceremonia volvimos á casa, donde Scipion, director del festin, tenia prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para los de su comitiva, y la tercera mas grande que las otras dos para todos los demas convidados. Antonia se sentó en el mejor lugar de la primera, porque así lo quiso absolutamente la Gobernadora, yo hice los honores de la segunda, y Basilio representó el mismo papel en la tercera, destinada para los labradores. Scipion á ninguna se sentó, quedándose en pie para acudir á todas partes, y dar sus órdenes á fin de que las mesas fuesen bien servidas.

Los cocineros del Gobernador habian dispuesto la comida. Con esto está dicho que nada habia que echar menos en ella. Lucieronlo los excelentes vinos de que el cocinero Joaquin habia hecho abundante provision para mi mesa; y comenzando á calentarse los convidados, rey-

VIOMO na-

naba en todos la alegría, quando la turbó un incidente que á todos nos sobresaltó. Mi secretario, que estaba en la sala donde yo comia, acompañando y cortejando á los principales criados y criadas de Serafina, cayó desmayado en tierra, perdiendo todo conocimiento, y el uso de sus sentidos. Levantéme prontamente para socorrerle, y mientras estaba practicando las diligencias para hacerle volver en sí, ví que una dama de la Gobernadora se habia desmayado tambien. Todos nos persuadimos á que aquel recíproco desmayo encerraba algun misterio, como era así con efecto, y el misterio tardó poco en declararse; porque volviendo Scipion en sí despues de breve tiempo, me dixo en voz baxa: ¡por fuerza el dia mas alegre para Vmd. habia de ser para mí el mas desgraciado. y funesto! Ninguno, añadió, puede evitar su desgracia. Sepa Vmd. que acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de la señora Gobernadora.

¿Qué es lo que dices? exclamé yo. ¿Es posible que seas marido de aquella muger que se desmayó al mismo tiempo que tú? Sí señor, me respondió: soy su desdichado marido, y aseguro á Vmd. que no podia jugarme la fortuna pieza mas villana ni mas dolorosa para mí que volvérmela á poner delante de mis ojos. Querido Scipion, le repliqué, sea el que fuere el motivo que haya dado tu muger para haber sentido tanto su encuentro, acuérdate de tu capacidad, y de tu prudencia; si me amas, te ruego y te suplico que

La tercera mesa fue la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los labradores mozos y solteros para dar principio á varios bayles con las agraciadas mozas de su clase, al son de sus panderos y sonaxas, á cuyo ruido todos los de las otras mesas tardaron poco en seguir tambien su exemplo. Los oficiales del Gobernador baylaron con las doncellas de la Gobernadora, y hasta los mismos Señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bayló una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la qual vino despues á buscarme á mí para que baylase con ella, y cierto que no lo hizo mal para quien solo habia tenido algunos principios de bayle en casa de un pariente suyo vecino de Albarracín. Yo, que, como dexo ya dicho, habia aprendido la escuela de danzar en casa de la Marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran baylarin. Beatriz y Scipion en vez de baylar quisieron mas retirarse á discurrir entre los dos para darse recíproca cuenta de todo lo sucedido despues que se habian separado; pero Serafina interrumpió su conversacion, porque informada por menor de las paces que habian hecho, hizo que los llamasen á su quarto para manifestarles lo mucho que se alegraba. Hijos míos, les dixo, no puedo explicaros el gozo que siente mi corazon viendoos ya felizmente restituidos el uno al otro. Amigo Scipion, ahí te entrego á tu esposa, protestándote que su conducta en mi casa ha sido ver-

verdaderamente irreprehensible; vive con ella en casto amor y en perfecta inteligencia. Y tú, Beatriz, ama y sirve á Antonia con la misma fidelidad, pasion y lealtad con que Scipion sirve al señor Santillana. Scipion, que ya miraba á su muger como otra fidelísima Penélope, prometió que en adelante la respetaria y la trataria con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse á sus casas los labradores y labradoras, despues de haber estado baylando toda la tarde; pero los Señores prosiguieron la fiesta parte de la noche. Sirvióse una magnífica cena, y quando se trató de irse todos á recoger, el Provisor bendixo el lecho nupcial. Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leva me hicieron á mí la misma honra. Lo mas gracioso de todo fue que los oficiales del Gobernador y las criadas de la Gobernadora quisieron hacer la misma ceremonia con los dos consortes recientemente reconocidos y reconciliados. En efecto desnudaron á Beatriz y á Scipion, los quales para hacer mas cómica la escena, gravemente se dexaron desnudar y meter en la cama.